

"Crueldad"

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

"Crueldad" (por Daniel Bernardo Grimberg)

Nelson era un hombre sin mayores vicisitudes que creía no tener enemigos acérrimos ni alguna cuestión pendiente con nadie; siempre viajó adonde quiso y vagabundeo por cualquier horizonte que le pareció soportable. Fue su hermana Carmen quien aseguró que bruscas reacciones de ira o desequilibrios emocionales no eran comunes en su vida (y ella nunca diría que su figura era endiablada o con un cinismo arrollador) ... se trataba de alguien muy meticuloso, que quería moldear todo a su gusto y que intuía desgracias para quién no actuaba según lo que era comúnmente previsible. Es decir, un hombre de bien que nunca habría dejado correr su bilis en pequeñas guerras domésticas; a lo sumo podía decir que dentro de su mundo no aceptaba desarrollos caóticos, ya que hubiera sido desconcertante para él no evitar que estos se desencadenen. Carmen contó a medias tintas la historia de Nelson Mojiades, de la que daremos únicamente entidad a su primer encuentro con María Clarabel; un tradicional relato de amor que no aportó nada extraño o insólito.

Ésta al principio se dejó llevar por sus párrafos de extremo encantamiento; lo acepto como el hombre que la llevaría a una normalidad cotidiana, un amante para superar la soledad y con quien fundaría una familia. Nelson le articuló varias ilusiones: crearán un hogar sin riesgos ni infortunios, y disfrutarán de tiempos de rosas y tenaces alegrías. Con un triunfante ánimo le susurró al oído que ya había encontrado a quién buscaba y no tenía que dar más vueltas en oscuras esquinas... se lo había dicho con delicadeza, como alguien extremadamente cómplice, borrando de un soplo a espesas y misteriosas nubes de dudas. María Clarabel ya no bucearía en lo insondable, ni tendría que pasar por más zozobras; él le daría una nueva vida que sería amorosa y estimulante. La incertidumbre de vivir había cesado para ella... Nelson le propuso estabilidad, y con eso la apabulló... por entonces no hubo provocaciones ni fechorías y todo transcurría siguiendo perfectos patrones.

En esos primeros instantes ella no supuso que nudos de sombras la mantendrían atada durante varios años, y qué llegaría a mirar las puertas de la casa donde vivió junto a Nelson como si estuvieran hechas con Salitre, y fueran similares a aquellas por las que entraban los

condenados al infierno y cuyos límites estaban armados con fuegos.

Porque no se había respetado lo suficiente como para hacer un análisis de lo que le estaba pasando, y creía que sus males eran lo que Nelson le decía que eran: detalles minúsculos. Antes de ser tan malquerida, de someterse a las erradas imprecaciones de su marido, no había querido ver que este generaría irreversibles situaciones de violencia junto a las impresionantes disoluciones de sus promesas, y que había sido espantosamente ingenua.

Ese hombre que aplastaba de continuo sus cabellos con colonia, tenía la inmediata pretensión de no dejar que ella se perdiera de su vista, y si algo lo contrariaba o lo hacía sospechar, abría bien grande los ojos para atraparla; él se veía a sí mismo como un ángel, y a ella como una criatura apestada por la tuberculosis o alguna enfermedad congénita. Esos tiempos juntos se convirtieron en los más miserables tiempos de acuerdo a las ordenanzas del almanaque en que las radiaciones solares se hacían cada día más pronunciadas; porque lo que primero se forma como amenaza, después deviene en castigo. María Claribel terminaría sin poder distinguir entre los jardines y los lodazales en donde se revolcaban los puercos.

Carmen Mojiades habló mal de María Clarabel, dijo que era una traicionera, que conversaba con cuánto extraño hubiera, e hizo un extenso panegírico de Nelson a quién señaló como incapaz de abandonar su hogar, y haber sabido proveer a su mujer para que ninguna catástrofe cayera sobre su cabeza; él la había quitado de la calle y la suerte perra que había merecido. La mujer lo había hipnotizado para luego convertirlo en un atormentado ser... había sido un tonto por confiar en ella.

Por cierto, que no fue así: el mecánico accionar de Nelson fue repudiar todo lo que hacía María Clarabel, esa era su magistral forma de confesarse hombre, y perseguirla y destruir su autoestima era el eje fundamental de su autoridad. Tenía una prodigiosa habilidad para trastornarla, y era tan sentimental que le gustaba verla llorar... Había depurado al arte de hacerla sufrir hasta el cansancio para que tuviera claro y nítido quien era el que mandaba y a quien le tenía que agradecer. Se ubicaba feroz frente a ella para señalarle que tenía que hacer limpieza porque veía un despampanante desorden dentro del campo visual que se prolongaba hasta el jardín de la casa; tenía precisos criterios: quería que el orden adentro fuera profundo y no superficial, y que satisficiera sus deseos que a veces eran muy oscuros.

También calculaba que todo lo que hacía María Claribel era insincero: las mujeres en cualquier lugar padecían la enfermedad de no saber qué hacer con las palabras; lo que ella le rogaba a viva voz le era perturbador, aunque él ya estaba familiarizado. Hurgaba en sus cajones, como si en éstos pudiera encontrar malévolas inscripciones con propiedades de

irritarlo.

Nelson quería restaurar al orden, al viejo concierto que alguna vez hubo en el mundo; sentía un enorme desasosiego al contemplar las monumentales ruinas de éste, a sus polvos que fueron el resultado directo de la permisiva modernidad. A su presunción de hacer el bien la contextuó en cruentas groserías, porque entendía que su carácter debía ser traducido por las crudas palabras que empleaba además de sus enseñanzas verídicas.

Sentía que detrás de sus violentas intervenciones había una desgana imbecilidad en la mujer; María Claribel estaba perdida, llena de resquemores, insegura ante la acusación que Nelson le hacía de ser vanidosa, y por tener que soportar a cada minuto nuevos e ingobernables conflictos. A menudo la trataba como a una loca que había que recluir en un piso superior de la casa, alejada de las deformaciones del mundo que disgregarían aún más sus débiles pensamientos.

Nelson expuso sus verdaderas razones después de casarse con María Claribel, y en forma paulatina. Ella no debería antagonizarlo y él haría un sólido esfuerzo en educarla... Durante ese origen se generaron algunos diálogos ríspidos, en los que él despotricó por los actuales tiempos como si fueran una contramarcha de la cordura que había abolido las estructuras institucionales y cerrado a las mujeres el camino de la virtud.

María Claribel le respondía con sentencias rebuscadas que él consideraba cuentos en ciernes; sus tonterías lo impregnaban con cierto humor resbaladizo, pero también le creaba una inquina llena de imprecisión. Por lo que se dedicó a demostrar a su mujer que era él quien únicamente poseía la potencia dialéctica y podía tornarse violento si lo contradecía insolentemente. A las mujeres había que tratar mal de manera sostenida para que así comprendieran cuál era su real ubicación.

María Claribel no podía fugarse: estaba encerrada en esa amueblada porción del mundo, y lo obedecía con la curiosidad de ver cuándo su mal carácter cesaría. Esperaba el momento que se trasformara en otro... esa expectación le era imprescindible para vivir. Guardaba en sus pensamientos íntimos esa razonable ansiedad, mientras Nelson Mojiades tenía el estrecho convencimiento que la mujer debía mantenerse atrás, cabizbaja y sin resolución... estaba decidido a eliminar los rebuscamientos de su media naranja sin suponer que hubiera habido abusos de su parte.

De acuerdo a lo que declaró Carmen, Nelson trabajó muy duro para que a ella no le faltara nada... tenía horror en que eso ocurriera, que no hubiera confort en su casa o que este se dilapidara. En su mesa no había cosas de plástico sino vajillas de cristal reluciente... claro que todo debía estar en su lugar innegable, y los ambientes de la casa no sólo tenían que parecer

perfectos, sino serlos. La función de Carmen había sido a de proteger su hermano a toda costa, le distribuyó elogios que intentó sonaran naturales, y nunca ponderó las elementales quejas de María Claribel (a las que vio como autoacusaciones, si es que alguna vez les prestó atención) ... varias veces calificó de noble a Nelson y adujo no comprender por qué ocurrió ese horrible desaguizado. Nunca habría habido violentos estallidos de ira ni el hombre era un contrincante terrible... No tuvo la franqueza de contemplar los particulares delirios de su hermano, o la naturaleza maniática del amor que él decía profesar a su mujer.

María Claribel comprobó que jamás se produciría un cambio en su marido. Si ella se arreglaba frente al espejo para alzar un poco su autoestima, él consideraba eso un absurdo y le tiraba burlonas sentencias. La mujer observó los ambientes de esa casa alta, al garaje que también era un eterno depósito con artículos de otras épocas, y consideró que su mente había sido permeada por los análisis despiadados de Nelson. Echó una mirada a la calle: el clima era agradable y las personas caminaban sin someterse a demandas extrañas, sin revulsiones ni trastornos. Tenían una libertad inaccesible, y ella estaba muy debilitada... María Claribel era joven, morena y a juicio de Carmen no tenía ningún atributo en especial; había llegado de una alejada nación en la que las devastaciones e injusticias eran diarias.

Por supuesto que el brutal desdén que le manifestó Nelson Mojiades sirvió para fagocitar la inicial idea que había tenido María Claribel de esa relación; ahora la suma de experiencias convulsas y traumáticas le hacían creer que una catástrofe se avendría sobre ella, y no habría protección legal o medida preventiva que sería capaz de evitarla. Él se hacía pasar cómo quien cobijaba al sol en las palmas de sus manos cuando en estas apenas habían un limitado número de alfileres; en verdad "su marido" era un tipo espeluznante que le hacía críticas a cada rato, le gritaba y transformaba su vida en una sucesión de sufrimientos.

Para María Claribel su función era la de atender sus insensatas manías, con la obligación de interpretar cuales eran sus admisiones y reluctancias. Estaba atada a su densa personalidad, y era a menudo insultada porque fallaba en lo que él quería que se hiciera. Mojiades bramaba que su mujer no podía despreciar más las Verdades Reveladas, y una de estas decía que la mujer era propiedad del hombre. La relación estaba basada en el dominio, y cualquier resistencia hacia ese ensamblaje ordenado por Dios era ridícula; la mujer era aquello que el hombre formaba: una refinada pieza de su orfebrería... y como tal debía ser muda y no imaginar cosas raras. Esa declaración o el recuerdo de lo que dijo, helaba con continuidad la sangre de María Claribel, y a partir de ahí sus maquinaciones pasaron a ser delirantes y muy poco civilizadas.

Cómo el pan nuestro de cada día no era una estimación espiritual sino algo que él siempre llevaba a la mesa, Nelson tenía derecho a

emprenderse como un taimado, efectuar un adecuado manejo de lo que era suyo, e incumplir con los decorosos protocolos que no tiene el maldecir. Para su mujer él era el responsable que su tiempo no fluyera, porque derribaba aquello que existía en su mente, diciendo que él tenía las claves tanto de lo minúsculo como de lo sobrenatural; María Claribel no podía hacerle ninguna réplica ni elaborar una impresión propia, ya que, si la hiciera, ocasionaría un innecesario caos de golpes, que era "los movimientos que haría cualquier decente hombre que no tenía ganas de discrepar". A veces la golpeaba cuando creía que era insuficiente su interferencia verbal, hasta que lo ahogaba el cansancio y la tranquilidad de haber hecho lo correcto. La duración de esos instantes de extenuación y goce era parte de su noble disposición que enfatizaba al ponerse serio y fruncir la frente. En las últimas fases de esas palizas se ponía un poco somnoliento porque solía tomar mucho alcohol. Entonces se le deshacían esos tensos hilos cronológicos, y se constreñía en el sillón para ver si en la tele había algo que lo apaciguara.

La mujer debía pasar sonriendo y ser un sencillo toque del paisaje doméstico sin manifestar serpenteantes vocaciones ni altanerías; poner la mesa, los vasos de cristales y besarlo cuando fuera la ocasión. Debía cimentarse en la propuesta del hombre y no fomentar entendimientos propios. Admirarlo como un ser perfecto, ya que la mantenía y le daba un significado útil para vivir. Si no, éste tendría que hacer un ajuste de cuentas con su fuerte voluntad y tratando de conservar la alegría; ya que resultaba un tanto desgastante que el robusto hombre se encorvara para pegarle al sedoso cuerpo de la mujer.

María Claribel debía mostrar una sonrisa de tenaz sumisión a toda hora y aceptar ser reprobada cuando Nelson así lo dispusiera... era el hombre quien hacía inteligible a la mujer y le daba sentido.

Tontamente María Claribel imaginó que su marido, a través de una flauta mágica, quisiera recrear en ella al enigmático destino de los ratones de un pueblo medieval... sentía que en cualquier minuto Nelson podría cruzar los límites de sus exaltaciones y matarla. Carmen Mojiades nunca vio esto porque estaba ubicada en una lejanía nubosa, y no quiso investigar acerca de la existencia de esos maltratos.

Un día ocurrió la disgregación de sus perfectas órdenes, porque Nelson no aulló como un lobo ni enmascaró como bondad a su arrollamiento; había cosas más importantes que hacer en ese día de históricos azules en el cielo, aunque hasta el último minuto celebró su condición de macho alfa con la fatuidad de quién aborrece entender. Porque un hombre que esperó cinco días de la semana para ver un partido de fútbol, nunca abandonaría su rol varonil gane o pierda su equipo. En cualquier caso, luego volvería a manejar a su mujer a través de gritos, puños y dinero (para que se encaminara bien), pero no aceptaría en esos momentos cruciales una pelea que le produjera trastornos en la percepción de ese evento

deportivo; quería ver bien la pantalla para experimentar grandes euforias, y dejaría que florecieran sus sentimientos de omnipotencia un tiempo después.

Nelson miraba televisión y bebía cerveza, y detrás tenía a María Claribel que absorbía su llanto en la respiración; aún tenía que limpiar mamparas, candelabros, y después servirle nuevas botellas de cerveza.

Carmen Mojiades se equivocó: Nelson siempre repitió sus estrictas metodologías sin aceptar los intereses paralelos de María Claribel. No le gustaba que ella tuviera vida propia, sino que se subordinara y le hiciera reverencias naturales que serían su forma de demostrarle amor... ni siquiera entendió que en su alma, ella estaba pujando con una indeseable desesperación... como siempre oía las añoradas respuestas de sus labios que no decían que sufría miserias para que él obtuviera sus inmediatos placeres; no notó el contraste absoluto de lo que entre ambos estaba sucediendo.

Creyó que, si le gritaba, lo hacía para encadenar su mente a sabias sentencias...era hacerle entrega de su inspiración fundamental, una forma de hacerse entender bien... nunca advirtió que aquello no era de gran utilidad, pero lo hacía con el entendimiento que cómo varón no debía dejar que la mujer se rebelara a su ley férrea (únicamente en los minutos de su distracción, María Claribel pudo proclamar la lozanía de su espíritu o su fortaleza que por mucho tiempo había disminuido; sus ojos oscuros y luminosos se abrieron al máximo cuando se sintió cansada de esa locura).

No es necesario decir en qué devengó ésta historia y que no hubo un corolario favorable para nadie; se superpusieron hechos que fueron las últimas consecuencias del extender violentos brazos por mucho tiempo. A la par de ojearse desde diversos ángulos del espejo, reprimir sollozos, o creer que todo se recompondría cómo si fuera una meta fabulosa que tardaba en llegar, María Claribel había imaginado algunos subterfugios... impertinencias que urdía en su interior cuando aún no había sufrido un episodio de taquicardia y desvanecimiento.

Sí, él se había acostumbrado a golpearla... pero después clamaba que peores cosas habían ocurrido... sólo la estaba creando, como si él fuera un artista y ella un cuadro en el que tenía que desencadenar una belleza furiosa... ¡y que cese en sus lamentos o al menos los neutralice, porque pronto se reiniciaría el partido y si le hacía perder un solo minuto del segundo tiempo, haría que en su rostro quedaran huellas de esa provocación! Concentrarse en lo que pasaba en una remota cancha era su más serio propósito.

La situación se agotó de acuerdo a la siniestra falta de variedad que tienen los que se empaquetan, aunque Carmen luego dijera que Nelson nunca

le había puesto encima una navaja con filo que la hiciera sufrir, y por la que de seguro hubiera pegado chillidos inenarrables. Él había sido muy benigno... por afuera podía parecer un poco duro, pero siempre le había puesto abajo una red que atenuaba sus caídas... a lo sumo le había dado un trato agri dulce que nunca había ocasionado efectos repugnantes.

Lo que hubo fue una inversión básica de un destino inevitable, algo que María Claribel se forzó en crear. Tal vez se planteó eso desde el encierro a que se sometieron sus sentidos, o por sentir por un instante los aires impuros de la independencia. No voy a dar marismas de datos, pero lo que ocurrió se debió al largo arrinconamiento que la mujer había sobrellevado; fue un suceso meditado cuya explicación entra dentro del ámbito de una trágica lógica.

Una vez Nelson la amenazó con el fuego de la hornalla que enraizado en un tubo de papel fue aminorándose de a poco, dejándole inestables cenizas en su piel y cuero cabelludo... eso a la mujer no le pareció una contingencia, sino una admonición que le exigía actuar. Cuando maliciosamente Nelson le pronosticó otra horrenda mutación física, María Claribel comenzó con sus devaneos; esas amenazas le configuraron una mentalidad que tuvo mucho sadismo.

Se había levantado durante el alba de ese día impar en el calendario, cuando la ciudad gozaba de un señorial aspecto de desierto habitable; el mundo aún no se había roto de sus moldes nocturnos, el silencio dominaba a ese hemisferio en el que aún no había personas haciendo programas ni entrando confusiones. Entonces suavemente permitió que por su cabeza corriera un plan, con arrojo o estigma: cómo se prefiera.

Quería retornar a una condición preexistente, con una veloz acción con la que se despejaría de cualquier nuevo martirio. En ese día Nelson empapó su labia con una fantasía pernicioso, e imaginó los gritos de María Claribel al hacer pedidos de auxilio. Lanzó algunas risas, dio algunos golpes en la mesa... sabía cómo convertirla en una niñita buena. Aprendería una vez más qué él era el dueño de todo, que no había nada que le impidiera hacer lo que quisiera dentro de la justa comprensión que tenía de las cosas. Era el dios de siempre que obtenía un singular placer en dominarla.

Los gritos que había dado en esa mañana de Domingo fueron más fuertes que los anteriores y su obcecación se tornó más grave: María Claribel debía reconocerlo como su Amo y Señor, entender que la orfandad era signo de su existencia; estaba sola con quien podía acariciarla o castigarla deferentemente.

La mujer sintió en su cuerpo una estrechez, pasó sus manos desde su cintura hasta sus pechos; percibió la hostilidad de un fuego que no veía...

una muchedumbre de llamas que pugnaban por calcinar su piel.

"La vida es el embrujo que se enciende en la imaginación del tiempo, y las montañas no son invisibles, sino que se ven a kilómetros de distancia". María Claribel había memorizado esa frase para recordar que afuera había regocijo y se entretenía ensueños en las mezclas que las tardes hacían con las noches. Con orgullo se comprometió a sí misma a renunciar a sus antiguas ingenuidades y elaborar el plan que antes sólo había imaginado. Este no requería de una rudimental organización, era sólo dejarse llevar por los lujosos empeños que ejercía el monstruo. María Claribel Se asignó ser una criatura inamovible... adquirir la inerte tranquilidad de los lagartos que van de las orillas de los ríos a grandes panteones, y acechan sus víctimas sin dilapidar energías ni hacer en sus cuerpos alguna variación que explicara sus presencias. Un segundo bastaría para arrastrarse y alcanzar aquello deleznable que quedaría tieso en el río cuyas aguas sólo conocieron guerras que creaban remolinos ensangrentados.

Ese Domingo fue declinando como tantos otros, y se sucedió de acuerdo a lo habitual. Nelson buscó información sobre el pasado de su equipo, y de los jugadores que se comprometieron a dar una terminación gloriosa a esa jornada. El atardecer llegó y María Claribel sintió como si tuviera pinchazos en las palmas de sus manos; ese partido de fútbol tendría un fin secreto... ayudaría a componer su acto primordial.

La mujer tuvo la nebulosa sensación que perdería algo si creara más absurdos diferimientos. Lo único menester era desarrollar el plan, sino el modelo de su vida no sería diferente y en un arranque de ira Nelson decidiría su final en forma intempestiva. No persistió en considerar las márgenes imprevisibles de ese hecho o la opacidad de sus ilusiones de liberación, pero sí a la perversa devoción que había significado aguantar tanto.

Su vida había sido dura y despreciable, y ahora lo coherente era ubicarse en ese espacio y tiempo para producir un cambio que de cualquier forma la arrojaría a la libertad. Había visto las cosas tal como eran y sintió irritación por quién le había impuesto esa vida tétrica y demencial, y estaba ahí, sentado en el sillón de la sala, multiplicando sus pensamientos en las categorías deportivas que constituían su religión alucinada. El hombre ajustaba su voz y sus reflejos a la pantalla de televisión; lo único trascendente era ese partido de fútbol en el que su equipo jugaba, el resto se trataba de un mundo perdido o lleno de divagaciones. Lo que había afuera recién lo comprobaría después del alivio majestuoso que le proporcionaría un buen gol.

María Claribel se secó las manos en su delantal, levantó su cabeza y elevó sus ojos que mantenían un fuerte brillo. Observó la escasa relevancia de los objetos que había a su alrededor, pensó en la profusión de comestibles

que había en la despensa, y expelió un suspiro muy alargado. La corta imagen de un pájaro que se elevaba de la ventana la hizo contornear sus cejas hacia arriba; se dejaría llevar por esa insurrección que significaría algo más que ver como caería la tarde. Su idea pasaría a la práctica... aquella que siempre sopesó livianamente como si fuera una patraña que nunca ocurriría... concretaría lo que había ensayado tantas veces con la imaginación.

En sus pequeños mohines se encontraron algunas claves de lo que le ocurrió a Nelson cuando se quedó sentado, dando ridículas órdenes a los jugadores, enfervorizado frente a la pantalla del televisor por aquello tan circunstancial como un partido de fútbol, en el que había puesto la justificación de su vida, sus apreciados trabajos, y sus habilidades triviales. Nelson no prestó atención a las variadas infamias del mundo, ni arrojó su vista a los cielos cerrados bajo los cuales los edificios permanecerían indemnes durante la necesaria expansión de la oscuridad. Estaba absorto, con la mirada fija en otro mundo, denunciando infracciones que se habrían cometido, y arguyendo con quienes no se encontraban presentes que estas eran innegables.

Cómo los pormenores han sido masificados por la prensa amarilla, hacer nuevos comentarios es una gestión útil. Sólo me estoy refiriendo a lo que no fue registrado y ameritaba una explicación.

Entre la cabal concentración del hombre y un acceso de odio de la mujer, la muerte ocurrió.

Fue un momento de descuido en que la virtud de la obediencia que el hombre le había inculcado a María Claribel, derivó en una efusión de sangre. Nelson le había ordenado que le trajera otra botella de cerveza; eso lo sedaría ante la derrota de su equipo y a la vez restablecería su rango y jerarquía en el universo. Al llevar ésta hasta el salón en donde el hombre ubicado frente al aparato aún no había cesado de reñir, fuertes pasiones invadieron a María Claribel, y sin mediar palabra tomó la botella y se la hundió en el cuello. Fue como si hubiera ocurrido un eclipse del sol con la luna (y se cerró la brecha que había entre ambos). Nelson sufrió un shock y comenzó su desangramiento pavoroso.

María Claribel recordó cómo el reloj la atormentó aquella vez, porque esperó más de dos horas para llamar al 911, a la asistencia pública... lo hizo con desesperación y su costumbre de llorar, pero resultó demasiado tarde.

Fin

